

JULIA EN EL AGUA

Rodrigo Soto

Para Cristina Mora

En el agua Julia era feliz. Yo amaba verla sumergirse mar adentro y emerger después, lanzando por el *esnórquel* el alto escupitajo de su aliento. Enseguida, quedaba flotando en la superficie unos momentos, antes de volverse a sumergir. Más tarde, en la playa, sacudía como un perro su espesa cabellera negra, mientras comentaba lo que había visto o dejado de ver *allá*, en ese reino del que hablaba como si le perteneciese sólo a ella.

No fue necesario hablar con Julia para darme cuenta de que ella era diferente. Lo primero que llamó mi atención fueron los cascabeles de plata que llevaba en un tobillo. Colgaban de una delgada trenza de cuero, de modo que, cuando caminaba, campanilleaban suavemente. Durante aquellos días, fue el sonido más importante de cuantos escuché.

De todos los adultos que había conocido, Julia fue la primera en pedirme que la llamara por su nombre a secas, y a los catorce años esas cosas se agradecen. Aunque me daba cuenta de que ella era más joven que mis padres, yo no estaba en condiciones de establecer grandes diferencias, pues junto a las modelos de *Playboy* resultaba ya una vieja y entonces ése era mi único criterio. Supongo que tendría treinta o treinta y dos años. De cualquier forma, y aun cuando estuviera lejos de parecerse a una de las piernilargas y sedosas rubias que me robaban la energía y el sueño, durante aquella, mi primera y única vacación en playa Potrero, Julia me provocó no pocos escalofríos y desvelos.

Siempre le he temido al mar, desde pequeño. Si he de ser sincero, debo decir que me da pavor. Alguna vez, mi madre me contó que cuando tenía tres años caí en una piscina y estuve a punto de morir ahogado. Quizás eso lo explique todo, aunque ahora no tiene importancia.

Acaso sucede lo mismo con todas las cosas que tememos, pero al mismo tiempo el mar ejerce sobre mí una fascinación total, a veces diría que morbosa. Durante las vacaciones, aun ahora suelo pasar mañanas enteras mirando esa inmensidad de agua vacía. No pienso, sólo respiro y me dejo

llevar. No sé a dónde voy, pero es un sitio que conozco desde hace mucho y me gusta. Cuando miro el mar desaparezo, me esfumo, me fundo con todo el horizonte y desde ahí me veo en la playa: risible, insignificante. Todo se relativiza. Supongo que para un muchacho de catorce años era la única forma de filosofar.

Odio a los bañistas que chapotean en el mar como si fuera una piscina y a los que juegan fútbol y *frisbee* como si estuvieran en una plaza de deportes. Ni se diga a quienes se tienden como momias a tomar el sol. De verdad, no los comprendo. Podrían quedarse en casa y hacer las mismas cosas.

Si no le temiese al mar, creo que viviría buceando, así fuera sólo con mascarilla, aletas y *esnórquel*, como lo hacía Julia aquel verano. Adentrarme en las aguas, acceder a ese mundo vedado y secreto. Algas, caracolas, tortugas verdes marinas, peces de colores intensos e inesperados. El sentimiento de peligro también, la difusa pero permanente sensación de amenaza, y la certidumbre de que ante cualquier peligro estarías en desventaja.

Aquel fin de año, el jefe de papá nos había invitado a su finca en playa Potrero: doscientas o trescientas hectáreas de montes pelados y resecos, a sólo tres semanas de concluido el invierno. Dentro de la finca estaba el único acceso a dos pequeñas playas de arena blanca, a las que nadie, sin la venia de ellos, podía llegar.

Para mi padre, aquella invitación, tanto como un privilegio, significaba un pequeño tormento. Una semana antes me pidió que le mostrara la pantaloneta de baño, las camisas, los calcetines y la toalla que pensaba llevar. Todo le pareció inconveniente y viejo. Lo mismo dijo de su propia ropa de playa y de la de mamá. Mi hermano mayor vivía en aquella época lo más ardiente de su pasión socialista, y había declarado que por ningún motivo iría de vacaciones a la finca de un señor feudal. Creo que para mis padres fue un alivio.

De modo que nos fuimos a la playa con flamante ropa sin estrenar. Aún me veo encerrado en el cuarto que nos asignaron, quitando a escondidas los alfileres del empaque a una camisa cuyo olor a nuevo resulta imposible disimular. Jamás es uno tan sensible al ridículo como cuando tiene esa edad.

Papá me había explicado que vendrían otros invitados. Durante las seis horas del camino, fantaseé con los bikinis ceñidos y tenuemente azulados que lucirían las dos, no, las tres chicas que

estarían allí, a quienes otro chavalito y yo encantaríamos con nuestro humor y nuestras bromas, hasta lograr, quizás... Pero no, eso era demasiado pedir.

Cuando llegamos, había tres carros último modelo estacionados, pero me bastó un vistazo para saber que, entre la tribu de enanos que corrían chillando por el patio en todas direcciones, sería imposible hallar uno que alcanzara los diez años de edad, al menos. De modo que me resigné a lo peor.

Julia y su esposo fueron los últimos en llegar. Yo estaba tumbado en una hamaca cuando el todoterreno rojo entró, levantando una nube de polvo. Después de unos momentos ellos bajaron. Julia llevaba un pantalón corto y la parte superior del bikini bajo una camisa transparente, además de anteojos de sol y sombrero.

Mientras nuestro jefe y dueño salía a recibirlos, Julia se adelantó hasta la playa y estuvo unos instantes mirando el mar.

Coincidimos en la playa por casualidad. Yo estaba en la punta, bajo un almendro, embobado con el mar, cuando la vi acercarse. Vestía un bikini negro de tono metálico, que con el movimiento de su cuerpo dejaba escapar el susurro de un roce, cómo olvidarlo. De su hombro colgaba un bolso repleto con implementos de buceo

—¿No nadás? —negué con un gesto.

Sonrió y sentí que su sonrisa estaba dirigida sólo a mí.

—¿No te gusta?

—No, no sé —y ella hizo el gesto de quien por fin comprende.

—¿Puedo dejar esto aquí?

Le dije que por supuesto. Ella sacó las cosas de buceo y guardó el bronceador y las sandalias de cuero en el bolso. Lo colocó a mi lado y, antes de marcharse, dijo:

—Si te vas, dejalo frente a ese tronco —y señaló uno un poco más grande que los otros.

Caminó hasta el mar y estuvo unos momentos donde rompen las olas, ajustando la mascarilla y poniéndose las aletas. Después se alejó. La miré nadar hacia la punta sin sumergirse ni desviarse, pero una vez que estuvo ahí a menudo se quedaba largo rato inmóvil, mecida por las olas. Se sumergía unos momentos y aparecía un poco más lejos, pero enseguida el chapoteo de las aletas señalaba una nueva inmersión. Fueron dos o tres horas en las que no hice otra cosa que mirarla.

Cuando salió, yo seguía ahí. La recibí con una sonrisa de envidia descarada y de admiración infantil. Se sentó a mi lado; su respiración aún estaba agitada.

—El agua está clarísima —me dijo—. ¿No querés ver?

—De verdad, me da miedo.

—Vení. Aunque sea de la orilla, algo ves.

Puede parecer ridículo, pero me temblaba la voz cuando acepté. Caminamos hasta el reventadero y ahí ella me ayudó a colocarme la máscara. Mordí la boquilla plástica del *esnórquel* con todas mis fuerzas, como si de ese gesto dependiese mi vida. Casi de inmediato, respiré por la nariz y la máscara se pegó dolorosamente a mi rostro. Me la arranqué de un manotazo, aterrorizado. Julia estaba ahí, mirándome, tranquila.

—Despacio, no hay prisa.

Esta vez, mientras bajaba la mascarilla no dejé de mirar a Julia. Ella sonrió. Conseguí respirar por la boca un par de veces, pero luego la sensación de claustrofobia me venció. Volví a arrancarme la máscara y respiré asustado.

Repetimos el ensayo hasta que Julia consideró que estaba preparado. Entonces nos adentramos un poco —el agua a la altura del muslo y ni un centímetro más—. Julia me explicó lo que debía hacer y, para que yo estuviera tranquilo, ofreció sujetarme por los hombros.

Me sumergí muy brevemente un par de veces, lo único que pude ver fue el agua turbia a mi alrededor y la arena ingrávida, en suspenso. Pero fue un momento mágico y fue suficiente. Ella insistió en que lo intentara de nuevo, pero estaba más allá de mis fuerzas.

—Algún día podés venir a casa. Hay piscina y te puedo enseñar —me dijo sonriendo.

Pero la sola idea de perderle el miedo al mar me llenaba de temor.

Por las noches, los adultos se reunían en el corredor a beber, comer bocadillos y charlar. Yo merodeaba en torno a ellos y me aburría con sus conversaciones, tanto más previsibles cuanto más whisky bebieran. Los temas de fondo eran siempre los mismos: los negocios (las empresas de nuestro dueño y jefe parecían a veces a punto de hundirse, otras veces en el paroxismo de la rentabilidad), la política (aquí las opiniones estaban divididas y, fuera del acuerdo tácito de que los

dos partidos mayoritarios eran los únicos, jamás llegaban a un acuerdo) y, hacia el final de la noche, las mujeres o el fútbol. Ocasionalmente, las señoras del grupo hacían música incidental sobre temas colindantes o paralelos (sus juicios sobre las mujeres de las que hablaban sus maridos eran siempre terribles). Naturalmente, todos subestimaban mi capacidad de entender.

Julia se mantenía invariablemente en la línea exterior del círculo, donde los bombillos apenas iluminaban, y seguía la conversación sin participar, con un refresco en la mano y una sonrisa que todavía hoy me pregunto si era de rabia, burla o desprecio.

Sabía que la punta rocosa era uno de sus sitios predilectos, de modo que los siguientes encuentros no fueron casuales. Ella, naturalmente, lo adivinó. A pesar de su insistencia, rechacé la oferta de nuevas lecciones de buceo. Disfrutaba, en cambio, de verla nadando allá, donde era sólo un punto con todo el mar alrededor, así como de escuchar, después, el relato de lo que había encontrado.

—La punta es una maravilla —me dijo una vez—, pero si salís de ahí todo es desolador.

—¿Desolador?

—Sí. Como los castillos abandonados o como las ruinas mayas y aztecas.

La miré pidiéndole una explicación.

—No sé... —pareció dudar—. Hay grandes piedras ahí tiradas y el mar embistiéndolas siempre. No sé cómo explicártelo, pero es desolador.

Se detuvo un instante y me miró. Cuando Julia hablaba, a menudo tenía la impresión de que no se dirigía a mí, sino a una especie de interlocutor abstracto, que cambiaba constantemente de rostro, pero que en definitiva era siempre el mismo. En aquel momento, sin embargo, supe que me hablaba a mí.

—¿Te gustan las ruinas? —no supe qué decir—. A mí sí —dijo—. Me dan tristeza, pero me gustan. Son como los grandes espacios, donde tenés la sensación de que vas a desaparecer.

Era lo que yo sentía mirando el mar.

—Me dan miedo —dije, y ella sonrió.

Una de esas noches, su marido se emborrachó. De un momento a otro comenzó a burlarse de papá y de otro invitado, que habían antagonizado con él en algún punto de la conversación. Era un hombre alto, grueso, rubio, con un copete largo cruzado sobre la frente y una voz resonante pero melodiosa. Sus ojos eran pequeños e intensamente azules, y sus brazos cortos y peludos. Imponía autoridad y respeto.

Desde la penumbra de mi rincón, vi cómo Julia se transfiguraba. En cosa de segundos su expresión era la de una niña asustadiza y atemorizada. En el grupo se había producido un silencio de incredulidad, como si aún quedaran dudas de si el tipo hablaba en serio. Sólo Julia parecía segura de lo que se avecinaba. Un nuevo y brutal comentario acabó con las dudas y el silencio general se prolongó, ahora con otro color, con otra intensidad.

—No te lo tomés así—dijo por fin el Jefe.

—Me lo tomo como me da la gana, güevón—dijo, y sonrió con torpeza. Era el único que trataba al Jefe como a un igual.

Muy despacio, Julia fue hasta donde él, lo tomó por un brazo y le pidió que se fueran. Él la estuvo mirando, tambaleante, y de un momento a otro escupió:

—¿Y a vos quién putas te mete? ¿Quién te llamó? ¿Por qué no me dejás en paz?

Todos se habían puesto de pie. Desde su boba sonrisa, el tipo los miraba. De pronto, reventó en una carcajada, dio media vuelta y se fue a su habitación. Durante algunos momentos, el grupo comentó en voz baja lo sucedido, pero la noche no estaba para más y poco después todos se fueron a dormir.

Desde la hamaca, vi cómo Julia se alejaba hasta desaparecer en la oscuridad de la playa.

Otra tarde, muy exaltada, Julia me narró su encuentro con una inmensa mantarraya; un bicho enorme, explicó, por lo menos cuatro metros de punta a punta de sus alas.

—Desde niña me fascinaban. En vez de nadar, esos animales vuelan bajo el agua. Y de pronto, al doblar una piedra, la vi venir. Nadaba directo hacia mí y sabía que una embestida suya me podía matar. Tuve un momento de duda, pero de repente supe que yo había ganado. De alguna forma, sentí que el miedo del animal era mayor y adiviné que al mínimo movimiento que hiciera, se espantaría en otra dirección. Y así fue.

Luego, me estuvo hablando de lo que llamó *la desnudez de los seres vivos*. No estoy seguro de haber entendido, pero creo que se refería a eso, a la precariedad que nos iguala con las lagartijas y los insectos.

—Es —recuerdo que dijo— como si en vez de «creced y multiplicaos», Dios nos hubiera dicho: «Y ahora, ¡sálvese quien pueda!».

Tampoco olvido la mueca, intento de sonrisa, que le desfiguraba el rostro cuando dijo esto.

Después de aquellas vacaciones, jamás volví a verla. Por comentarios de mis padres, escuchados siempre al vuelo, supe que había tenido un hijo, luego otro; después, que por fin se divorciaba de su flamante marido.

Más tarde, mis padres también se divorciaron, y las señales de Julia fueron cada vez más tenues, hasta extinguirse por completo.

Pero ayer que fui donde mi madre para un almuerzo, se interrumpió de pronto entre dos bocados y, con aprensión, como si temiera olvidarse de contarme aquello, me preguntó si la recordaba. Estuve a punto de decir que no, pero su expresión no estaba para bromas.

—Murió —me dijo sin pestañar—. Hace una semana.

Y como si lo hubiera sabido desde siempre, vi su cuerpo en la gran piscina que jamás conocí y su negro cabello desparramado en el agua, como una hermosa medusa que hubiese elegido mirar para siempre el fondo del mar.